

Estos últimos cuatro años el teatro me ha ayudado mucho a conocerme a mí misma y a reconocirme en el mundo. Al atravesar la vida de otros personajes en escena, explorar cómo se mueven, cómo ven el mundo, cómo hablan, de qué hablan, cómo interactúan con los demás, me he dado cuenta de cómo lo hago yo también. El teatro me ha ayudado a formarme en aquellos aspectos de mí en los que sentía que me faltaba una pieza para completar el rompecabezas, aunque tal vez nunca llegue a completarme del todo. Tal vez haya momentos en los que quite piezas para que encajen otras, o intercambie algunas de lugar.

Con este proceso y esta obra llené muchos espacios. Me conocí de una manera que nunca había visto antes en mi vida, tanto personal como estudiantil, en mi día a día y en el escenario. Vi de primera mano la importancia y la responsabilidad del artista de darle lugar y voz a temas que realmente importan. Fue mi momento de sacar todas las herramientas que había estado guardando en estos cuatro años, agregar nuevas y explotarlas al máximo; de salirme de mi zona de confort, siempre sabiendo que tenía muchas manos extendidas de todos lados por si llegaba a caer, y que la mía también estaría ahí para quien la necesitara.

Fue todo un reto: desde aprenderme el nombre larguísimo de la obra —que sé que ya nunca se me olvidará—, todos los datos históricos, las coreografías, pensar cómo mira, habla y camina cada uno de mis personajes, y todo multiplicado por dos, uno por cada elenco. Todo esto mientras combatía mis demonios personales, dudas, inseguridades, problemas, corazones rotos, lágrimas, risas, peleas... la experiencia promedio de un ser humano. Y si pudiera regresar el tiempo y volver a vivir este proceso, no cambiaría ni un solo segundo.

Zoé